

Revista Occidente  
Febrero 70

AMD, 40, 2, 19

245



Critica

moral y política que trata, especialmente de Marx y de Stuart Mill, y aunque abusa a veces de excesivas síntesis conceptuales en el estudio de algunos movimientos históricos, su libro es un excelente punto de partida para meditar sobre el proceso y la situación de la crisis de nuestro tiempo.—*JULIO BAYÓN* (Madrid).

MIGUEL DELIBES: *Parábola del naufrago*, Col. Ancora y Delfín, Ed. Destino, Barcelona, 1969.



MIGUEL Delibes está hoy en la primera línea de nuestros novelistas. Fiel siempre al realismo, se ha librado del descrédito en que ha caído el llamado «realismo social» por el mantenimiento y amplificación de ciertas cualidades: dominio del lenguaje coloquial, atención a los detalles humildes de la vida campesina o provinciana, profunda humanidad, sentido del humor, lenta pero perceptible innovación técnica y progresiva toma de conciencia crítica frente a los vicios de la sociedad española.

La línea de evolución de Delibes como narrador ha supuesto un indudable progreso. En concreto, la novela anterior, *Cinco horas con Mario*, marcaba, dentro de su obra (y de la novela española de los últimos años) una cumbre. Difícil era, después de esto, no repetirse o bajar y Delibes lo ha conseguido.

Ante todo, porque ha abandonado los caminos gastados para iniciar una nueva etapa, en la que el simbolismo y la alusión general al destino del hombre aparecen fuertemente anclados en un ambiente cotidiano, realista. La novela posee una clara



tendencia intelectual: se trata de una «parábola», igual podríamos decir de una alegoría, una fábula o un teorema. Presenta a un naufrago, un hombre aislado dentro de la actual civilización superdesarrollada, que se resiste a ser masificado (no va al fútbol, no ve la televisión) y al final es triturado por ella. Por su actitud ante el mundo contemporáneo, la novela no anda lejos de la ciencia-ficción, el mundo de las utopías o de Kafka.

La mayor virtud literaria del libro reside en la creación y desarrollo de su protagonista, Jacinto, que continúa e intensifica muchos de los rasgos entrañables, conmovedores, del Mario de la anterior novela. La diferencia radica en que esos rasgos no están ya situados (caso de Mario) en una circunstancia española muy concreta sino que aspiran a una mayor universalidad.

Jacinto es el hombre que se niega a ser víctima o verdugo. Crea (como el protagonista de *Belarmino y Apolonio*, de Pérez de Ayala) un nuevo lenguaje, al percibir la peligrosa carga polémica y disgregadora de las palabras. «Jacinto es un ser incapaz de evitarse un dolor a costa de quitar un gusto al prójimo.» «Jacinto es capaz de hacerse los sesos agua antes que dejar a un prójimo en la estacada» (p. 41). Jacinto «es, hoy por hoy, el único hombre en el mundo que no tiene más que una palabra que decir: 'entendámonos'» (p. 164). «Todo lo vivo movía a Jacinto a compasión» (p. 46). A través de este humilde ser expresa Miguel Delibes todo su deseo de justicia y reforma del mundo. A este hombre casi angeloide, en algunos aspectos, pero fuertemente significativo dedica su novela.

La obra encara con seriedad y acierto un tema de una trascendencia que suele brillar por su ausencia entre las banalidades a que nos tiene acostumbrados la novela española actual. La visión del «naufrago», aislado y perseguido, rodeado por un seto en incontenible movimiento, se prolonga en otras situaciones paralelas: el judío en la cámara de gas, el marino en el destructor que se hunde. Estas páginas, ciertamente desasosegantes para el lector, bastarían para consagrar a un novelista.

Técnicamente, la novela es sencilla, unitaria, bien construida, como debe ser una parábola. Alterna la visión del refugio de montaña con los recuerdos de la vida precedente, la narración con el monólogo interior. Algunos rasgos sirven, más que por su valor absoluto, para testimoniar la inquietud técnica de Delibes: el lenguaje contracto, la puntuación escrita... Al final, el protagonista grita: «Te han suicidado, jacinto». A partir de ahí, su nombre va en minúscula, subrayando

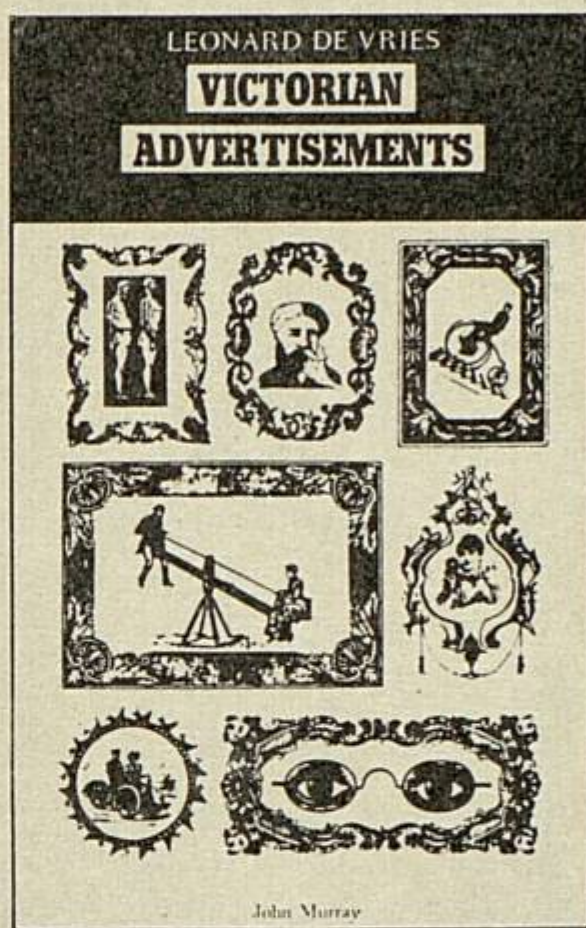




que es —ya— uno más, que su deseo de mantener la individualidad ha fracasado.

La novela de Delibes se singulariza, sobre todo, por su tono ético, responsable. Sin hacer fácil política, busca inquietar al lector, no solo divertirlo. Y consigue crear un personaje de gran categoría, que se incorpora a la galería de seres humanos entrañables creados ya por Miguel Delibes. — *ANDRÉS AMORÓS* (Madrid).

LEONARD DE VRIES:  
*Victorian advertisements.*  
Texto por James Laver.  
John Murray, Londres,  
1968.



UNA de las inmemoriales recetas de la risa es la seriedad de quien la provoca; por eso el «siglo del vapor y del buen tono», el XIX, es fuente inagotable de carcajadas. ¿Cómo no va a hacer reír la *formalidad* (palabra admirable, que se va perdiendo) de la, casi interminable, era victoriana inglesa? El burlarse de esta es lugar común de las generaciones actuales, en espera de otras que descubran el encanto de burlarse, a su vez, de ellas. Hay en esta mofa de una sociedad que cuidaba tanto de nobleza de causas y altura de apariencias el consabido fondo de asesinato del padre absolutista; habrá hoy quien lea a Dickens o Thackeray para reírse cuando se ponen trascendentes y bostezar cuando hacen chistes. Como todos los lugares comunes, el de la ridiculez de los victorianos puede ser en muchos casos injusto. ¿Qué culpa tuvo George Eliot de no nacer en la época de Virginia Woolf? Nadie es responsable del tiempo en que le tocó nacer; la responsabilidad comienza solo en su actitud de repulsa, aprobación o conformismo.